

descubierto"

En el paraje de Cuasiermas, al lado del río, junto los viejos edificios que aún se conservan, detuvimos el coche. Allí les conté una anécdota investigada por mí. Un soldado de las Brigadas se acostaba con la mujer del molinero. Finalmente fueron descubiertos por éste quien mató con un hacha al internacional. A continuación propuse a mis acompañantes que hiciéramos el "descubrimiento" de la Cueva de la Potita, río arriba, a pie, por los intrincados senderos de la ribera. Era lo mejor para que Peter Weiss se empapara de la salvaje naturaleza del lugar, para que comprendiera mejor cómo eran los árboles y las plantas, para que oliera de una vez el tomillo, el romero, el espliego... La verdad es que la tarde era maravillosa, con un clima muy agradable y el sol aún estaba radiante. Todo invitaba a esta excursión investigadora, al mismo tiempo botánica e histórica. Y la Agenda roja de Peter Weiss estaba siempre en sus manos, anotando impresiones, dibujando paisajes y plantas:

"llegamos a la orilla del río, tierra blanquecina y amarillenta, una capa de tierra plana, enfrente un molino con restos de esclusa, edificios abandonados, un camino estrecho a lo largo de la orilla del río, agua verdosa

penetramos por los matorrales

junto al molino la casa de labor. Una leyenda: aquí tuvo un amorío un soldado de las Brigadas Internacionales con la esposa del molinero y éste lo mató - codornices en la orilla

el río ha erosionado profundamente hacia los lados las capas de la tierra

*plantas pequeñas gris-violeta: **romero***

pinos en la orilla alta del río

álamos a nuestro lado

espárragos trigueros

moscas molestas

romero en flor a lo largo del sendero"

Nuestro intérprete, Paco Uriz, decidió, viendo ya próximos los edificios de la finca a la que queríamos llegar, que lo mejor era que él sólo volviese hacia el coche e intentase llegar a ellos por otro camino, que sin duda existía más arriba. Era lo mejor, para que después todos volviéramos en coche, sin tener que pasar otra vez por un sendero tan intrincado y salvaje. Con ello quedamos totalmente solos Peter Weiss y yo. Ahora era imposible comunicarnos, pues él no sabía nada de español y yo nada de sueco ni de alemán. Se hizo entre nosotros un silencio interminable, mortal. A veces, entre un apunte y otro de Peter en su Agenda, nos sonreíamos estúpidamente, sin podernos decir nada. Y mientras el alemán trabajaba intensamente, yo meditaba en la incomunicación humana, en la maldición bíblica de Babel, que fue uno de los mayores sufrimientos de los miembros de las Brigadas Internacionales. Estaban en un país que no conocían, donde muchos de ellos derramaban diariamente su sangre, sin que pudieran comunicarse con la mayoría de los amigos que disparaban a su lado, y sin que pudieran entender ni comprender, mucho menos aún, a quienes consideraban sus enemigos, que tenían enfrente. Toqué en el hombro a mi acompañante, ensimismado